AVA REED

Un corazón en juego

HOSPITAL WHITESTONE

Besties Books

Ava Reed

Un corazón en juego

Serie Hospital Whitestone 2

Traducción de Cristina Martín

Besties Books

Título original: *Drowning Souls. Whitestone Hospital*

© 2022 by LYX in Bastei Lübbe AG
Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com
© por la traducción, Cristina Martín, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Ilustración del interior: © Freepik

Primera edición: enero de 2024
ISBN: 978-84-270-5213-0
Depósito legal: B. 20.834-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PEFC Certificado
Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible
PEFC
PEFC/14-38-00305
www.pefc.es

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

Sierra

Así que esto es tener miedo. No por mí, no por mi vida, sino por la de los demás.

Y eso que creía saber lo que era el miedo; al fin y al cabo, me ha acompañado a lo largo de la vida y nunca me ha abandonado del todo. El miedo a no conseguir terminar los estudios, a fracasar —especialmente en el trabajo— y a no encontrar nunca mi lugar en el mundo; siempre a medio camino de todo. A no ser lo suficientemente buena. A no ser lo suficientemente importante. A no ser lo suficientemente valiosa.

En resumen: a no ser suficiente.

El miedo a perderme antes de haberme encontrado.

Sin embargo, esto es algo diferente. Este es un miedo que no solo existe en mi vida como una palabra, como una sombra que me acompaña, un dolor de estómago sordo o una ligera tirantez. No, este miedo me oprime los pulmones y me retuerce las entrañas. Quiere evitar que mi corazón continúe latiendo. Este miedo

es definitivamente más un sentimiento que una simple palabra.

Y mientras me devora, algo tengo claro: es imposible que todo esto sea real.

¿Qué acaba de suceder? ¿Cómo ha ocurrido y por qué? Laura y yo salíamos de trabajar, estábamos de buen humor, y lo mejor era que ella al fin se había recuperado del todo. Que después de todo el lío con Nash y la mierda que le siguió ya estaba bien, no arrastraba secuelas y su costilla había sanado.

Nos dirigíamos hacia el ascensor del que, justo en el momento en el que nosotras doblábamos la esquina, Ian salía. En ese preciso instante, Nash, Mitch y unos cuantos sanitarios querían pasar para llevar lo antes posible al quirófano a un paciente que ya se encontraba dentro. Aún no habían entrado del todo y las puertas no se habían cerrado cuando algo explosionó, nos dejó sin respiración y desmoronó nuestro mundo.

Y ahora, en un abrir y cerrar de ojos, no sé hacia dónde debo mirar, qué pensar ni qué hacer primero.

Ian está en el suelo inconsciente y cubierto de escombros. Por megafonía resuenan las instrucciones, aunque no entiendo una maldita palabra, pues hay demasiada gente hablando y gritando y mis pensamientos son demasiado ruidosos. Es como si hubiera puesto mi cerebro en *standby*, para que pueda sobrellevar lo que ha ocurrido y mi cuerpo no colapse. Me siento como paralizada, y eso a pesar de haber apartado a un lado a Laura y de notar claramente que voy dando un paso tras otro. Que me muevo. Cada vez más rápido.

Me abalanzo hacia el caos, hacia los brazos de este miedo aniquilador, cuya risa alcanzo a oír en los recovecos más profundos de mi propio ser. Y es una locura,

pues era yo misma la que hasta este momento había pensado de forma racional y había retenido a Laura. La que no quería que su amiga actuara de manera impulsiva, porque no sabemos qué es lo que ha pasado realmente, lo peligroso que ha sido o sigue siendo todo esto. Pero cuando ha nombrado a Mitch y a los otros he entendido que no se trata de un simple accidente. Sus nombres me han advertido de lo que podemos perder y de lo que esa explosión puede significar para nosotros...

El estruendo aún resuena en mis oídos y toso a causa de la cantidad de humo que no paro de respirar, pero Laura ya se me ha adelantado.

Me detengo a sus espaldas y no entiendo cómo consigue arrodillarse junto a Ian con el fin de asistirlo. No entiendo —aunque es la elección lógica, pues es el primero que nos ha salido al paso— cómo ha elegido antes a Ian que a Nash. Cuando dirijo mis ojos entrecerrados y llorosos hacia el ascensor con las puertas entreabiertas, no puedo más que tragar saliva ante la visión de Nash.

Respiro con dificultad y con la casaca me tapo la boca y la nariz, pues el punzante e indescriptible olor que me llega de repente me supera.

Sea lo que sea, esta explosión ha destrozado casi por completo el interior del ascensor. La mayoría de los fluorescentes están rotos, hay vidrios por todas partes, el resto de las luces parpadea salvajemente, de forma desacompasada, saltan chispas, y todas las personas que se encontraban dentro del ascensor permanecen inmóviles en el suelo o están aplastadas por algo.

Lisha, una enfermera de urgencias, se ha visto impulsada hacia fuera y su cuerpo impide que las puertas se cierren. Se mueven, presionan ligeramente su cuer-

po, pero enseguida se abren de nuevo por la resistencia con la que se topan, y vuelta a empezar. Y yo no puedo hacer otra cosa que empaparme de esta locura y confiar en no dejarme vencer.

Tantos escombros, tantos cristales rotos, tanta sangre y caos. «Dios mío», respiro y a continuación vuelvo a toser.

Quiero atender a Lisha, comprobar cómo está, hasta que advierto que el fuego se propaga demasiado rápido desde el interior del ascensor y que cada vez produce más humo. Por no hablar del resto de los gases.

—¡Mierda! —maldigo, y enseguida me alcanza Laura.

—Sierra, no podemos... —empieza a decir, pero su voz se rompe ante la visión de Nash. Al ver el fuego.

Venirnos abajo.

Ceder ante el dolor.

Perder los nervios.

Estoy convencida de que Laura quería decir alguna de estas frases al oírme maldecir. Pero cuando contempla la dimensión de todo, cuando ve a Nash —inconsciente, a la izquierda frente a nosotras, aprisionado entre la camilla volcada del paciente y una de las paredes del ascensor— acaba por comprenderlo.

¿Dónde está Mitch? ¿Por qué no puedo verlo? ¿Es que no llegó a entrar en el ascensor? Mierda, el humo se vuelve cada vez más espeso y el ardor de los ojos no me ayuda. Debo entrar ahí, aunque antes una de nosotras debería contener el fuego.

Laura susurra el nombre de Nash, cierra los puños y sé cuánto desea llegar hasta él. Aunque gana la médica que lleva en ella, entrecierra los ojos dos segundos y me dice con urgencia lo que ya tenía claro:

—No podemos llegar hasta allí lo suficientemente rá-

pido, primero debemos extinguir el fuego. Necesitamos mantas. No podemos utilizar el extintor de CO_2, porque no sabemos usarlo y en el peor de los casos podría causar daño a las vías respiratorias, sobre todo en el ascensor. Detrás de nosotras hay un extintor de polvo, pero podría ensuciarles las heridas y provocar una infección. Ian, dentro de lo que cabe, ya está atendido.

Me ametralla con todo su conocimiento y todos sus pensamientos, y aunque nada es nuevo para mí, no la interrumpo. Estoy convencida de que Laura lo hace para no perder la concentración. Así que asiento con la cabeza mientras van entrando los primeros refuerzos.

—Yo me ocupo de Lisha y de apartar todos los escombros que hay en el suelo hasta que hayas vuelto. Antes no llegaremos hasta los otros —prosigue Laura, y yo cometo el error de observar de nuevo el ascensor con más atención...

Esta vez consigo reconocer a Mitch. No veo más que sombras y contornos, pero estoy convencida de que se trata de él. Está ahí. Una parte de mí lo sabía, era lógico, estaba claro; sin embargo, la otra parte, la que confiaba en estar equivocada, se viene abajo.

¡No! Yo...

—¡Sierra! —exclama Laura reteniéndome.

Ni siquiera me he dado cuenta de que me he movido, de que me he acurrucado contra ella y de que no solo he pensado ese «no», sino que lo he gritado. Y continúo gritando. En silencio. Porque me falta el aire y no puedo parar de toser.

—El fuego —repite ella, y yo salgo corriendo.

De nuevo es el miedo el que me impulsa cuando corro, aunque en esta ocasión no me siento paralizada. No he vacilado mucho, aunque nos ha costado unos segun-

dos muy valiosos. A nuestros amigos les ha costado unos segundos muy valiosos...

Tan rápido como me es posible me hago con un botiquín de primeros auxilios y con unas mantas ignífugas.

La alarma se ha convertido en música de fondo, el pasillo en un hormiguero. Cada vez más gente revolotea a mi alrededor, con cada segundo va llegando más personal. Se llaman los unos a los otros, bajan las escaleras a toda prisa hacia nosotros para ayudar o para tener bajo control la sala de urgencias. Y, de ser necesario, para proceder con la evacuación.

Cuando regreso y llego frente al ascensor están colocando con cuidado a Ian en la camilla y monitorizándolo con electrodos ECG. En cuanto lo saquen de la zona de peligro recibirá oxígeno. Junto a muchos otros enfermeros y médicos reconozco al doctor O'Leary y a Grant, que ayuda a estabilizar a Lisha entre maldiciones y tosidos. Mientras tanto, Laura y yo podemos entrar por fin en el ascensor, cuyas puertas permanecen abiertas y bloqueadas, por lo que empiezo a extinguir el fuego con una manta. Las llamas están devorando los materiales inflamables de alrededor. Incluso la ropa de Mitch. Sin embargo, procuro descartar este pensamiento con vehemencia, pues de lo contrario me paralizaría.

El humo no disminuye, la visibilidad no mejora, pero eso no importa. Yo sigo trabajando, sudando, con el picor en la garganta, hasta que ya no veo ni una sola llama, ni una sola chispa. Hasta que lo consigo.

El fuego ha desaparecido y con ello la mayor fuente potencial de peligro. Aparte de los posibles gases tóxicos que estamos inhalando. Necesitaría una máscara de gas, la necesitaríamos todos, pues un simple paño mojado no serviría de nada. La autoprotección tiene siempre

prioridad absoluta, eso es lo que nos enseñan. Aunque en este preciso momento para mí no es el caso. No me iré de aquí para conseguir una máscara, no puedo, me da igual lo negligente o descabellado que resulte.

Entre jadeos, lanzo la manta a una esquina y toso con toda mi alma. Laura ya se encuentra junto a Nash, intenta liberarlo, hablar con él, y puedo ver como su mente lucha contra su corazón por salirse con la suya.

Lo entiendo. Porque por primera vez puedo sentirlo. Este desgarramiento interior. Todo mi ser quiere estar junto a Mitch. Y eso que el paciente de urgencias también se encuentra allí en el ascensor, medio enterrado bajo la estructura de la camilla, en medio de un charco de sangre. Junto a él está George, que hoy ha trabajado con nosotras medio turno y nos ha apoyado incansablemente. Ni Laura ni yo nos hemos relacionado mucho con él, pues siempre ha sido enfermero de urgencias y nuestros turnos rara vez han coincidido. Siempre ha sido más bien de pocas palabras, en ocasiones seco, pero nunca ha dejado de ser amable y hace bien su trabajo. Lo conozco. Es un compañero. Mierda...

Sudo, tengo frío, estoy a punto de volverme loca. Me da la impresión de que llevamos aquí una eternidad, es como si nos moviéramos a cámara lenta, mientras que a nuestro alrededor todo se rompe y se desmorona. Han sido solo unos minutos. Segundos.

Todo ha ocurrido en un abrir y cerrar de ojos.

—He venido tan rápido como he podido —oigo decir a alguien junto a mí, y sé sin volverme que se trata de Zeenah. Su voz clara y tranquilizadora es inequívoca. Además, es la única que consigue no maldecir a voz en grito cuando las cosas van mal.

—Ocúpate de George y llama a alguien para que se

encargue del paciente —le digo esperando no sonar demasiado dura o autoritaria, ya que Zeenah es una estupenda profesional y sabe lo que hay que hacer. Sin embargo, ahora mismo no puedo dejar que se ocupe de Mitch. Tengo que llegar yo hasta él, y no me importa lo que eso diga sobre mí. Sobre mí como persona. Sobre mí como médico.

Me da igual.

Tropiezo con una barra y me caigo, aunque eso tampoco me importa. Arrastrándome consigo llegar hasta Mitch y arrodillarme junto a él, entre los escombros. Trago con dificultad hasta que de repente mi mano actúa por su cuenta y, en lugar de dirigirse a él, se alarga hacia la izquierda y se coloca sobre el cuello del paciente al que querían subir a la sala de operaciones para intentar salvarlo. La razón por la cual se han subido al ascensor.

No tiene pulso.

Y no solo eso. Tiene los ojos completamente abiertos, medio rostro destrozado y casi todo el cuerpo enterrado bajo la camilla. Su estado ya era crítico antes de que lo ingresaran, pero ¿esto?

No tiene ninguna posibilidad.

—Está muerto —digo, y sé que Zeenah me ha oído, pues alcanzo a oír su «vale» y con el rabillo del ojo la veo trabajar de esa manera suya tan profesional y tranquila, examinando las heridas de George.

Entonces dedico toda mi atención a Mitch. Toso por última vez, me froto los ojos y sé que ha sido un error, pues se me nubla la vista y necesito un momento para ver de nuevo con completa claridad y poder explorar a Mitch. El ascensor, el mal olor, el aire viciado, todo este caos y la luz que parpadea constantemente se han con-

vertido en una jaula para mí. Como las fauces de un monstruo que amenaza con tragarnos a todos.

Con el corazón latiendo a toda prisa noto su pulso y compruebo si respira, aguantando yo misma la respiración sin querer. No puedo evitarlo.

Y cuando finalmente percibo su débil aliento, su latido, cuando reconozco el ascenso y descenso de su caja torácica, no puedo reprimir un suspiro de alivio. Casi me desplomo hacia delante. Quiero abrazar a Mitch y gritarle al mismo tiempo.

Respira.

Su corazón late.

Y eso que Mitch no me gusta lo más mínimo. Es como un niño. Me pone nerviosa y me saca de mis casillas.

Pero si se muere ahora, da igual cómo o por qué, juro que iré allá donde sea que se encuentre su alma para matarlo de nuevo. Por estar haciéndome esto. Por haberme metido este maldito miedo en el cuerpo.

Voy a hacer que vuelva.

Esta determinación me aporta nuevas fuerzas, me devuelve la concentración que necesito para poder superar todo esto.

Los ojos de Mitch permanecen cerrados, está inconsciente, y si no fuera por todo el hollín, la sangre y los hematomas, podría pensar que duerme plácidamente.

Cuando me coloco para comenzar con la exploración, noto que se me humedecen los pantalones en las rodillas. Lo más probable es que se estén empapando de sangre y mugre. Al mismo tiempo noto como las astillas y los cristales se me clavan dolorosamente en las piernas.

No tiene ninguna importancia. Nada de ello.

—¡Necesito ayuda! Una camilla, una vía intraveno-

sa... —voy enumerando todo lo que requiero con la cabeza vuelta y gritando a pleno pulmón con el fin de que se me oiga entre todo ese estruendo. No tengo ni idea de si alguien me ha oído.

A Lisha ya se la han llevado y la están atendiendo, así que Laura, Grant y otro médico ya no tienen dificultades para pasar junto a la camilla volcada y tirar de ella para sacarla al fin del ascensor. Con todo el caos que reina aquí dentro, el espacio se ha vuelto momentáneamente demasiado estrecho y asfixiante para tanta gente. A continuación, consiguen sacar lo más rápido posible a Nash para llevárselo al quirófano o, por lo menos, a la unidad de cuidados intensivos, dependiendo de la gravedad de sus heridas. Si fuera necesario un nuevo diagnóstico, siempre se puede recurrir a una IRM.

De repente el ECG al que acaban de conectar a George se activa. Todos se ponen en movimiento de forma brusca, aunque saben lo que se hacen. Ahora hay que aplicar el desfibrilador para controlar las alteraciones del ritmo cardíaco de George.

—¡Fuera de aquí todo el mundo! —exclama Zeenah, y yo aparto la vista.

No puedo mirar, y me avergüenzo por ello. Una cosa es tratar a personas desconocidas, y otra muy distinta tratar a personas que conoces y que te caen bien. Esto convierte una misma realidad en dos completamente diferentes. Esto convierte algo racional en algo sentimental. Y entonces es cuando te afecta de verdad. Entonces empieza a doler de verdad.

Mientras exploro a Mitch, trago con dificultad y parpadeo más de una vez. El humo se disipa mucho más rápido de lo que me imaginaba, y ya no tengo que toser

con tanta frecuencia y fuerza. Cada vez más detalles me pasan por la cabeza, aunque casi desearía que no fuera así. Porque lo que ahora veo hace que por un momento mi corazón se detenga, que mi boca suelte una maldición y que se me pare la respiración. Un segundo, otro más... Después consigo reaccionar.

Mitch tiene quemaduras graves. Antes de extinguirlo, el fuego ha llegado a alcanzar su casaca, ha devorado con sus fauces de llamas la tela y no se ha detenido ante la piel de Mitch. El fuego no tiene compasión. Es un parásito que no entiende que cuando destroza a otros solo se daña a sí mismo. Se suicida, igual que el cáncer. Aunque quizá se trata justo de eso. De la destrucción. No de la supervivencia.

Incluso bajo estas circunstancias puedo ver lo que le ha hecho al torso de Mitch, al lado izquierdo de su cuerpo. Yo tenía la esperanza de que las llamas no hubieran llegado tan lejos y de haber llegado a tiempo para extinguirlas. Pero no es el caso. Si Mitch se entera de que he sido incapaz de apagar el fuego a tiempo, de que no he sido lo bastante rápida, me odiará.

Habría preferido gritar toda mi rabia y desesperación, pero en lugar de eso me muerdo el interior de la mejilla y sigo adelante. Me centro con todas mis fuerzas en lo que más me importa.

No puedo quitarle la casaca, Mitch debe ser atendido en otra parte y llevado al quirófano, pues esa maldita cosa se ha pegado a su piel, en algunas partes incluso se ha fundido con ella, sobre todo en la cadera y en la cintura. Para no acabar gritando, me muerdo con fuerza el labio hasta que noto la sangre. El fuego también le ha alcanzado el muslo y el brazo. Aún no puedo reconocer exactamente cuánta piel. Pero si tuviera que valorar las

quemaduras por lo que he examinado hasta ahora, diría que ha sido entre un dieciocho y un veinte por ciento lo que se ha quemado de su cuerpo.

Podría ser más, podría ser menos. No soy una profesional en este campo, pero recuerdo que las quemaduras se clasifican por grados. Cuanto mayor es el grado, mayor es la gravedad. La piel de la pierna hasta el lado izquierdo de su pecho está roja, no presenta partes blancas. Eso está bien. Quizá Mitch ha tenido suerte y allí no pase del grado IIA. Sin embargo, desde la caja torácica hasta la cintura, el brazo y el hombro, la piel no solo está de un color rojo oscuro, sino que también veo partes blancas y multitud de ampollas. La piel presenta un aspecto blanquecino, seco; su consistencia es, después de haberla observado con atención, más dura que blanda. Mierda. Se trata de una quemadura al nivel de la dermis. En algunas partes incluso podría haber alcanzado la categoría III, aunque realmente no sé lo suficiente sobre quemaduras para discernirlo, y la luz de aquí dentro, este continuo titilar, no ayuda para nada. Además, el alcance de las quemaduras se suele reconocer a menudo en el intraoperatorio.

Maldigo de nuevo, porque pueden haberse visto afectadas otras capas de la piel, también nervios y capilares sanguíneos, y no sé muy bien cómo proceder.

Los dedos me tiemblan, entrecierro los ojos y me obligo a mantener los pensamientos en el aquí y el ahora, sin dejar que las preocupaciones me superen.

Mitch necesita calor. Aunque suene paradójico, cuando se produce una quemadura el cuerpo se enfría. Además, Mitch requiere de oxígeno y hay que enfriar por lo menos las quemaduras más superficiales con el fin de evitar la posquemadura. Debe ser explorado lo

antes posible para descartar huesos rotos, hemorragias internas y otras lesiones.

Seguramente no lleve ni dos minutos junto a él, aunque a mí me parece mucho más tiempo. Dos minutos pueden suponer una eternidad cuando no se tiene ni idea de lo que viene después. Ni de cómo termina...

Cuando miro a mi alrededor me siento mareada y veo que la salida está completamente despejada. Nash, Lisha e Ian ya han sido atendidos y colocados en las camillas, o incluso trasladados al quirófano, aunque ignoro qué ha pasado con George. Por fin una enfermera y un enfermero se dirigen hacia mí para ayudarme. Para ayudar a Mitch. Si las condiciones fueran otras, me sentiría mal por no haberme fijado en sus nombres.

Dios, desearía que las condiciones fueran otras...

—Id con cuidado, tiene quemaduras graves. Informad a los cirujanos de que se pueden ir preparando —empiezo a decir— y meted la camilla lo más dentro posible.

Les explico de carrerilla todo lo que necesitamos, todo lo que se me ocurre, y ellos asienten con la cabeza, escuchan atentamente antes de ponerse a trabajar y de agarrarme a mí por los brazos.

Antes de que al fin saquemos a Mitch de aquí.